



Moisés Naím

### Illicit

**How Smugglers, Traffickers, and Copycats Are Hijacking the Global Economy**

Doubleday Publishing, 2005, 253 págs., US\$26.00 (tela).

EL DECIR que la globalización tiene aspectos buenos y malos es ya un tópico. En estos últimos años, sus defensores y opositores han debatido el tema en monografías, conferencias y foros oficiales, y hasta han protagonizado encontronazos callejeros en medio de manifestaciones violentas en contra de los problemas, reales o supuestos, que genera la globalización. Los economistas, la banca y los artífices de la política económica son más bien defensores de la globalización. Del otro lado de la valla están los sindicalistas, los trabajadores y algunos intelectuales.

El libro de Moisés Naím añade peso al lado negativo. Se trata de una cornucopia de datos —estadísticas, anécdotas y generalidades— sobre las distintas actividades ilícitas y delictivas que han adquirido vertiginosamente una dimensión mundial, sobre todo desde la última década. Según Interpol, el comercio de productos falsificados ha aumentado a un ritmo ocho veces mayor que el del comercio legítimo. Según otras fuentes, el lavado de dinero representa entre 2% y 5% del PIB mundial, y en el siglo XXI hay más esclavos que en los cuatro últimos siglos juntos. Si estas cifras reflejan la realidad, son apabullantes.

En los años noventa, gracias a diferentes factores, muchas actividades ilegales sobrepasaron los límites

## Bienes públicos y males públicos

provinciales o nacionales para internacionalizarse. Algunos de estos factores eran políticos, como el desmembramiento de la Unión Soviética; otros eran técnicos, como el abaratamiento del transporte y de las transferencias de bienes y personas, y el intercambio de información; y otros fueron cambios facilitados por políticas nuevas, como la apertura de las fronteras a la circulación de bienes, capitales y, en gran medida, incluso personas. Hoy, 170 millones de personas viven fuera de su país natal, y cada año cientos de millones viajan al extranjero por turismo, negocios o por otras razones.

La integración mundial ha propiciado la aceleración del crecimiento de algunos países, como China, India y Viet Nam, pero también ha creado un mercado mundial para las actividades ilícitas (es decir, prohibidas por los gobiernos), y las ha promovido gracias a los avances tecnológicos que facilitan la producción y la distribución. Esto queda muy bien descrito en esta obra y es uno de sus aspectos más interesantes. Según Naím, las fronteras nacionales han contribuido a esta proliferación porque fomentan la fragmentación de la cadena de oferta que produce el bien o servicio ilegal final, incrementando las utilidades procedentes de la actividad ilícita. La fragmentación también juega en contra de las posibilidades de los gobiernos nacionales de castigar a los perpetradores.

### Eliminemos la demanda, no la oferta

Los gobiernos, especialmente el estadounidense, han tratado de frenar las actividades ilícitas centrándose en la oferta, no en la demanda. Naím sostiene que esa lucha probablemente seguirá siendo infructuosa, con independencia del dinero que se le destine, y piensa que la batalla debe librarse también en el terreno de la demanda.

El principal aporte de este libro consiste en la detallada información que ofrece sobre todo tipo de operaciones ilícitas o delictivas: el comercio

de armas (incluidos los materiales necesarios para dispositivos nucleares), el narcotráfico, el comercio de personas (la versión moderna de la esclavitud), el robo y uso ilegal de propiedad intelectual, el lavado de dinero y la creciente compraventa de órganos humanos.

En estos capítulos, repletos de datos interesantes muy bien presentados, el autor también ofrece una estimación de la magnitud de las actividades ilícitas; aunque nadie duda de su alcance, conviene tomar estas cifras con mucha cautela. Este tipo de estimaciones no suelen ser más que conjeturas, sobre todo cuando provienen de organismos que tienen la posibilidad de justificar sus presupuestos inflando las cifras.

Desearía concluir con un asunto que me preocupa desde hace tiempo y en torno al cual gira esta obra. La mayor parte de los mercados se ha globalizado y el de las actividades ilícitas no es una excepción. Pero los gobiernos siguen siendo nacionales. Así, el sueño del filósofo católico Jacques Maritain, que imaginaba un gobierno mundial, sigue sin hacerse realidad. Mientras tanto, los “bienes públicos” mundiales —o, las más de las veces, los “males públicos” mundiales— van ganando en importancia, como demuestra claramente Naím.

Como he sostenido en otras ocasiones, las organizaciones internacionales podrían desempeñar el papel de gobierno mundial. Pero, como vemos en estas páginas, Estados Unidos —el Estado hegemónico en este momento de la Historia— no parece muy dispuesto a ceder soberanía a organizaciones o acuerdos internacionales. Sería interesante que Naím explorara en su próximo libro, o en la próxima edición de este, cuál será el desenlace si las actitudes y las tendencias no cambian, un terreno en el cual los últimos dos capítulos, a pesar de su interés, no se aventuran lo suficiente.

**Vito Tanzi**

Consultor

Banco Interamericano de Desarrollo

Camilla Andersen es redactora de “Críticas de Libros”.

# Pura retórica política

Joseph E. Stiglitz y Andrew Charlton

## Fair Trade for All

How Trade Can Promote Development

Oxford University Press, Oxford, 2006,  
304 págs., US\$30 (tela).

JOSEPH Stiglitz y Andrew Charlton buscan responder a algunas de las preguntas más candentes que han inundado de manifestantes las calles de Seattle y Cancún y que podrían terminar hundiendo a la Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio (OMC). ¿Cómo puede contribuir mejor el sistema de comercio internacional a la promoción del desarrollo? ¿Qué es el “comercio equitativo”? ¿Cuáles son las implicaciones para las negociaciones de la OMC? Lamentablemente, esta obra arroja más sombra que luz al debate.

La principal idea que guía los argumentos y las conclusiones del libro es que la asimetría de poder entre el Norte y el Sur ha generado un sistema de comercio internacional que, con contadísimas excepciones, pone en desventaja a los países en desarrollo e incluso los victimiza. Aunque los países del Norte han envuelto la Ronda de Doha con un manto de altruismo, la realidad es que las negociaciones no han perdido nada de su egoísmo habitual. La “equidad” exige menos énfasis en la reciprocidad y más empoderamiento para los países en desarrollo. Los compromisos de la OMC deben basarse en análisis minuciosos e independientes de los beneficios y los costos para el desarrollo que tengan en cuenta las circunstancias propias de cada economía.

Indudablemente, en toda negociación internacional los países persiguen sus propios intereses, y no es difícil encontrar ejemplos de políticas comerciales dudosas, o incluso perniciosas. Pero esos ejemplos se dan tanto en el mundo en desarrollo como en el desarrollado: insistir en una supuesta línea divisoria Norte-Sur no es reflejar la realidad, es pura retórica política. En cuanto a las propuestas prácticas de los autores, se necesita una cuota de idealismo para pensar que el análisis



lisis económico podrá enderezar las asimetrías de poder actuales, a menos que los negociadores experimenten un momento de catarsis moral.

### ¿Y las fallas del gobierno?

Como tema subsidiario, los autores afirman que la teoría económica y los estudios empíricos no han logrado por ahora determinar cuáles son los beneficios del libre comercio, y sobre todo los de la liberalización (un proceso que acarrea costos de ajuste). Ante esta falta de certeza, e inspirados por la heterodoxia del éxito de las naciones de Asia oriental y la confusión de la trayectoria de los propios países industriales, sostienen que los países en desarrollo tendrían que contar con margen para experimentar con la política industrial. Los que decidieran liberalizar deberían recibir una asistencia generosa de acuerdo con un “principio de compensación”.

Este es un debate complejo, en el que cabría esperar mayor rigor intelectual. Mucho se achaca aquí a las fallas de mercado, pero, teniendo en cuenta la historia de la política industrial, las fallas de gobierno salen bastante bien paradas. Stiglitz y Charlton recalcan que la mayoría de los beneficios del comercio internacional son dinámicos, pero dejan de lado el papel clave que juega la competencia en ese contexto. Sin grandes explicaciones, el comercio Norte-Sur se presenta como algo negativo, a la vez que se promueven los acuerdos de libre comercio Sur-Sur (¿con manufacturas chinas?, ¿y alimentos brasileños?). Ni siquiera los autores consiguen decidirse: después de casi

200 páginas de despiece de los argumentos proliberalizadores, afirman que “el efecto neto del recorte de los aranceles sujetos al régimen de nación más favorecida podría resumirse como positivo y significativo para la mayoría de las industrias en la mayoría de los países”. Los gobiernos de los países en desarrollo deben de estar preguntándose qué hacer.

Uno de los defectos más obvios de esta obra es la falta de un editor con dos dedos de frente. Fragmentos del libro aparecen juntos sin ninguna ilación lógica ni cronológica. Con el supuesto objetivo de concientizar a los participantes en la conferencia ministerial de Hong Kong de 2005, los autores derraman tinta y pólvora en abundancia para pulverizar la agenda de Doha sobre la política de competencia e inversión... ¡descartada en 2004!

Stiglitz y Charlton dedican párrafo tras párrafo a los peligros de someter a los países menos adelantados a la liberalización y a las costosas reglas de la OMC, aparentemente sin darse cuenta de que, bajo la Ronda de Doha, esos países están mayormente exentos de esas obligaciones. Hay capítulos que comienzan prometiendo una solución y no hacen más que reiterar el problema. La sección sobre la competencia lleva por título “Lo que no debería estar sobre el tapete”, pero solo proporciona razones que apoyan lo contrario. El único aporte original —la propuesta de que los países se comprometan a importar ilimitadamente de los países con un PIB per cápita y absoluto más pequeño— aparece de la nada y desaparece sin explicación. El libro es repetitivo hasta el hartazgo, con las mismas ilustraciones y los mismos pasajes, a veces reproducidos palabra por palabra.

Al final no queda más que preguntarse por qué los autores no se plantaron con seriedad frente a su labor —y frente al lector— en vez de hacer tantos aspavientos políticos en búsqueda de unas migajas de sostén intelectual.

**Hans Peter Lankes**

*Jefe de la División de Política Comercial  
Departamento de Elaboración  
y Examen de Políticas*



Michael Barnett y Martha Finnemore

### Rules for the World International Organizations in Global Politics

Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2004,  
256 págs., US\$17,95 (rústica).

OTRORA pilares del orden mundial liberal, las organizaciones internacionales a menudo están tachadas hoy de incompetencia, autointerés o desenfreno. Los expertos las admiran como agentes de cooperación o bien las menosprecian como figurines eclipsados por poderosos Estados. Pero ante los ojos de Michael Barnett y Martha Finnemore, estas organizaciones son protagonistas destacados, potencialmente malignos y cada vez más poderosos. Por eso los autores recalcan los peligros de la expansión y la autonomía organizativa y lanzan una advertencia en contra de una filosofía generadora de “disfunción” y “patología”.

El argumento se basa en tres casos. El primero es un esbozo de la condicionalidad del FMI. Barnett y Finnemore hacen hincapié en el papel que ha tenido el FMI a la hora de definir modelos económicos de desarrollo que avalan el crédito condicional y una supervisión más intrusiva de las políticas nacionales: se producen entonces desarreglos, cuando los objetivos no cesan de multiplicarse y no hay voluntad para plantearse otras soluciones a los desequilibrios de las balanzas de pagos. A la vez, los autores le restan importancia al papel crítico que ha desempeñado el gobierno estadounidense como promotor del crédito condicional y descartan la influencia que

## Burócratas internacionales desafortunados

ha tenido la evolución de la profesión económica en la filosofía del personal del FMI. La complejidad de las decisiones del FMI queda reducida a una historia de autoexaltación burocrática disfrazada de pericia económica..

El segundo caso considera los cambios en la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), que ha abandonado la política de reasentamiento y asilo para adoptar una política de repatriación posiblemente violatoria de los derechos de los refugiados. Una narrativa excelente, detallada e ilustrativa de la dinámica del comportamiento burocrático presenta el caso de los refugiados rohingya en 1994 como resultado de la incipiente “cultura de repatriación” dentro de la organización. Barnett y Finnemore documentan de qué manera esta nueva visión del propósito de la organización fue avanzando a través de las cambiantes influencias dentro de la burocracia del ACNUR. Pero también en este caso descartan sin mucho reparo el papel que juegan los Estados miembros para esgrimir su argumento favorito: la cultura burocrática. Esa cultura prosperó dentro de los límites perentorios impuestos por los gobiernos miembros que se oponían rotundamente al reasentamiento y al asilo.

La influencia de los gobiernos miembros a la hora de poner límites a la cultura burocrática también queda resaltada en el tercer caso, que es el más inquietante: el de las Naciones Unidas y el genocidio de 1994 en Rwanda. Barnett y Finnemore imputan a la Secretaría de dicha organización y al Departamento de Operaciones de Mantenimiento de la Paz (DOMP) una patología burocrática ejemplificada por la negativa a reconocer un genocidio planeado —no una guerra civil— pese a los informes desesperados que llegaban del país. La definición rígida de mantenimiento de la paz con la que se manejaba la cúpula de las Naciones Unidas fue un factor claro en este trágico fracaso del accionar internacional. Pero el retorno a esa estrechez de miras fue suscitado por la reacción negativa de los Estados miembros a expansiones

previas de la misión de mantener la paz, sobre todo en Somalia: no se le puede achacar únicamente a la cultura burocrática el hecho de que la organización haya pasado rápidamente de entusiasmarse con la idea de expandir su misión a rechazarla de tajo en Rwanda.

Barnett y Finnemore tienen razón al instarnos a pensar en las organizaciones internacionales como agentes que definen sus intereses en función del protagonismo burocrático. Pero sus argumentos más polémicos, en cuanto a la disfunción y la patología, se fundamentan en solo tres casos. Aún más dudoso es el panorama que trazan los autores de una política mundial dominada cada vez más por burocracias internacionales expansionistas. El FMI no llega a los 3.000 empleados, la ACNUR tiene 6.500, y el DOMP, 4.500. Desde el punto de vista de la influencia burocrática, no están muy a la delantera: comparativamente, la ciudad de Phoenix tiene 14.000 funcionarios públicos, y el estado de Illinois, 160.000.

En vez de hacer sonar la alarma sobre la burocratización, estos tres casos deberían llevarnos a preguntar por qué hubo tal dejadez frente a los países pobres, los refugiados y las víctimas del genocidio. Puede que la respuesta la encierren las propias organizaciones internacionales, como sostienen los autores, pero ¿no se encontrará también en organizaciones burocráticas más poderosas, como los gobiernos nacionales y las empresas privadas?

**Miles Kahler**

*Profesor de Relaciones  
Internacionales en el Pacífico  
Universidad de  
California, San Diego*

### ¡Háganos llegar su opinión!

Diríjanos sus comentarios, que no deberán exceder de 300 palabras, a [fanddletters@imf.org](mailto:fanddletters@imf.org) o a Editor-in-Chief, *Finance & Development*, Fondo Monetario Internacional, Washington, D.C., 20431, EE.UU.